

## Reseñas

ROSA MARÍA MIRÓN Y GERMÁN PÉREZ, *López Portillo, auge y crisis de un sexenio*, México, Plaza y Valdéz, 1988 (Colección Folios Universitarios)

La historia es como la vida, complicada y compleja, resultado al fin y al cabo del quehacer humano (individual y colectivo) de grandes hombres y de clases sociales, de grupos de interés y de organizaciones sociales que compiten entre sí y dentro de sí por el poder y la riqueza. Para lograr sus fines, los actores hacen y deshacen alianzas, izan banderas ideológicas o religiosas y de la misma manera pueden arriarlas. Y a todo esto habría que añadir que las luchas no se dan solamente en el espacio de un Estado, sino en el contexto internacional, donde se mueven otros intereses que inciden en los nacionales. Y en estas luchas, los actores nacionales e internacionales, individuales o colectivos, no se mueven únicamente por el interés económico. También obedecen a otras consideraciones, como son las políticas y las geográficas, las militares, las religiosas y las individuales.

No en balde se han desarrollado tantos tipos de historia, desde el relato de los hechos, la descripción de las instituciones, el estudio económico con sus series de estadísticas, hasta algo más complicado como es la historia política y, sobre todo, la de las ideas o de las mentalidades. Y podrán añadirse las historias particulares sobre el movimiento obrero, la microhistoria, la biografía, etcétera.

Por ello, no es posible alcanzar en un solo libro la explicación de *todo* lo acontecido entre 1976 y 1982. Quizá cada vez más haya que aceptar con humildad que sólo tenemos capacidad de ceñirnos a ciertas porciones del conocimiento histórico, sea un periodo determinado, sea el comportamiento de un grupo, o las relaciones entre estados en un momento determinado. Incluso un hombre con una gran cultura, que recuerda la de los enciclopedistas del siglo XVIII, como fue Raymond Aron, llegó a esta conclusión:

Ningún historiador llega hoy en día a dominar el conjunto de los materiales acumulados [ . . . ] Y: El triunfo de la ciencia histórica implica el de los especialistas. La unidad de la historia se pierde en la multiplicidad de las disciplinas, limitada cada una a un fragmento de los siglos o a un sector de las sociedades.

El libro de Rosa Ma. Mirón y Germán Pérez traza los rasgos generales de un sexenio de contrastes violentos. Y lo aborda para contrarrestar, como señalan los autores, los juicios simplistas y los argumentos circulares, en especial el referente a que “el gobierno fue corrupto porque intervino, intervino

porque es totalitario y, siendo totalitario, es necesariamente corrupto”.

A continuación se preguntan a quién benefició la tesis anterior, que implicó el descrédito no sólo de la figura presidencial (vulnerable por conductas personales de todos conocidas), sino el de la institución estatal.

La respuesta documentada no pudo incluirse en el libro porque tuvo lugar poco después en dos reuniones celebradas en 1987, el I Foro Empresarial Iberoamericano, y posteriormente en el Congreso Nacional de Empresarios, celebrado meses después, que replantearon a la luz de las tesis neoliberales el proceso histórico mexicano y la naturaleza y función del estado.

Por otra parte, los autores destacan que el sexenio pasado puede dividirse en dos partes: una de “racionalidad y mesura que posibilitó espacios importantes en la negociación del Pacto Social” (p. 50) y otra en que los autores estiman que “el aparato productivo estatal en constante crecimiento (resultó) ineficiente, ingobernable y propenso a la corrupción” (p. 60).

La división entre los dos periodos es el año de 1979, en el que hubo dos hechos significativos: la salida de Reyes Heróles del gabinete, que no se menciona en el libro, y el aumento del gasto público, que comenzó ese año y con ello la desmesura y la ilusión de que el problema sería “administrar la prosperidad”. En el capítulo dos, que menciona las reformas económicas, administrativa y política, no se incluyó un párrafo sobre la reforma que *no* se hizo y era básica: la fiscal. Tampoco se profundizó en las consecuencias de la negativa a ingresar al GATT. Estos dos ejemplos apuntan hacia un problema general que no se plantea en el libro: ¿cómo fue posible que un gobierno que tuvo a su disposición recursos que se antoja definir como inimaginables sumió al país en una de sus peores crisis?

El haberse planteado esta pregunta hubiera permitido proporcionar otra luz para entender los aspectos positivos del sexenio, como las reformas que se mencionaron, y explicar por qué resultaron insuficientes: al no haberse dado pasos firmes para la modernización del aparato productivo, no se modificó sustancialmente el esquema de desarrollo que había seguido el país y que había mostrado sus deficiencias e insuficiencias, como la protección a la industria nacional. Se pretendió paliar éstas mediante un gasto mayor del Estado, que no fue financiado de manera sana, como hubiera sido la reforma fiscal. Cabe preguntarse si la modernización no hubiera sido más fácil y menos costosa de haberse realizado en un momento en que el Estado disponía de mayores recursos financieros y políticos. Ello hubiera implicado sacrificar otro tipo de obras, no haber aumentado la burocracia estatal y, sobre todo, mantener el estilo austero y parco de los tres primeros años. A la luz de estas consideraciones puede encontrarse el nexo entre las dos partes en que se dividió el periodo. El presidente no quiso (no es que no haya podido) implantar las medidas de fondo que exigía la economía del país y prefirió el boato y asumir, frívolamente, un papel de grandeza. Los autores quisieron evitar la referencia biográfica y su decisión, además de respetable, es explicable a la luz de innumerables publicaciones sobre la conducta presidencial. Sin embargo, hay que señalar que al no haberlo hecho incurrieron en otro riesgo: soslayar la importancia que tuvo el estilo personal de gobernar en un sistema político de presi-

dencialismo fuerte. La eliminación de ciertos colaboradores, de todos los niveles, que insistían en los riesgos que se corrían por el crecimiento acelerado y la inclusión de la familia en altos puestos de responsabilidad, influyeron decisivamente en el deterioro de la imagen presidencial y en la pérdida subsecuente de legitimidad para el sistema y para el estado.

En la presentación del libro, se formuló un comentario en el sentido de que el sexenio recordaba una tragedia griega, ya que se buscó la modernización y "algo" como el destino se encargó de frustrarla. Nada más alejado de la naturaleza de la tragedia y de la realidad del sexenio. Simplemente el presidente no supo entender a fondo la naturaleza de los problemas del país y mucho menos asumir sus responsabilidades con frialdad, ya que sucumbió al halago, a la vanidad, a la falta de visión y precaución o a la facilidad que otorga contar con recursos que se consideraron inagotables. No en balde Antonio Machado escribió: "Decía mi maestro Abel Martín —habla Mairena a sus discípulos de Sofística— que un hombre público que queda mal en público es mucho peor que una mujer pública que no queda bien en privado." Los capítulos finales del libro, sobre los años de la crisis y la nacionalización bancaria, forman un todo en el que se realza el papel de los empresarios en forma acertada. Es menos destacada la tesis sobre las consecuencias de la nacionalización, ya que los autores consideran que:

El nacionalizar la banca fue un acto que más, mucho más que ajustar cuentas con un sector nacional, devolvía al Estado su capacidad de mando y gobierno a la vez que restituía, en parte, la autoridad presidencial y acababa con la idea —muy difundida por cierto— de que el Estado había perdido el poder de conducción del proceso de desarrollo nacional, como algunos pretendieron verlo. Fue la actuación de un Estado-nación, en el sentido más amplio, que reclamó para sí la custodia de intereses generales, aun sobre los grupales.

Es necesario reconocer que la proximidad de los acontecimientos puede impedir un análisis frío y objetivo, que corresponderá efectuar a historiadores que gocen de la perspectiva que el tiempo dará a los acontecimientos recientes y al conocimiento de los efectos a largo plazo de las medidas asumidas. Sin embargo, a los contemporáneos que estamos sumergidos en las consecuencias inmediatas de los hechos no pueden escapársenos los resultados negativos de las acciones de los dos presidentes Echeverría y López Portillo al final de sus mandatos, cuando ya no les tocaba asumir las consecuencias de los mismos: la expropiación de tierras en el noroeste del país y el retiro de la concesión para la explotación de la banca a los particulares fueron realizados en los últimos días de sus gobiernos, en un acto que, quierase o no, revistió el ropaje del capricho y la improvisación, porque fueron decididos más en función de circunstancias personales que nacionales. A pesar de que se guardaron las formas jurídicas, dadas las disposiciones constitucionales y las características del sistema político, no por ello dejaron de aparecer como actos arbitrarios y decisiones autocráticas.

Con estas medidas dilapidaron un capital sumamente escaso, difícil de conseguir y sobre todo de acumular: la confianza en la racionalidad del orden

constitucional y la confianza en el funcionamiento del sistema político, ambas indispensables para asegurar la legitimidad, que cualquier sistema social o político exige para su correcto funcionamiento.

CARLOS ARRIOLA

JAIME SUCHLICKI, (ed.) *Historical Dictionary of Cuba*, Latin American Historical Dictionaries, núm. 22, Metuchen, NJ, y Londres, Scarecrow Press, 1988, pp. xxxvi + 368.

Este útil libro presenta, en orden alfabético y en estilo de diccionario, una muy breve información sobre temas muy variados de la historia de Cuba desde la llegada de Cristóbal Colón en 1492.

La organización del libro lo describe bien. Comienza con una lista de las abreviaturas que aparecen más comúnmente en la jerga oficial del actual gobierno de Cuba y que, por lo general, no se conocen bien. Le sigue una cronología de la historia de Cuba, desde la llegada de Colón hasta fines de 1985. El grueso del libro es el diccionario en sí, que incluye tanto nombres de personas prominentes a lo largo de la historia nacional como también de lugares, organizaciones, agencias y hasta conceptos tales como "el hombre socialista", la música, el "choteo", y prisioneros políticos. Le sigue una extensa bibliografía de libros sobre Cuba (en la que se incluyen algunos documentos importantes, aunque no artículos). Por último hay tres breves apéndices: el primero es un perfil del país, el segundo señala las fechas del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y otros países, y el tercero señala las organizaciones internacionales a las que pertenece Cuba (aunque Cuba es miembro de muchas más organizaciones de países comunistas que las que se presentan aquí).

El contenido y tono de la gran parte de las descripciones de personas y temas en el diccionario son en general, escuetos y descriptivos, como corresponde a una obra como ésta. Sin embargo, sobre todo en temas sobre circunstancias posteriores a la revolución de 1959, se incluyen también las perspectivas e interpretaciones del compilador. Es éste, por lo tanto, algo distinto de un simple diccionario. Es una presentación de los diversos y variados conocimientos y criterios de este compilador sobre Cuba.

Algo más preocupante —para el consumidor no especializado en Cuba— es la presencia de algunos errores descubiertos en una inspección algo aleatoria. Por ejemplo, se dice en la cronología (p. xxiii) que, en 1968, 9 miembros del Comité Central del Partido Comunista, incluyendo a Aníbal Escalante, fueron acusados de ser traidores. Sin embargo, Escalante no era miembro del Comité Central; sólo dos miembros del Comité Central fueron vinculados con el grupo de Escalante y, aunque éstos fueron expulsados del Comité General, no se les acusó de ser traidores. Otro ejemplo también de la cronología, éste de 1980: se dice que Fidel Castro asumió control personal sobre los ministerios de Defensa del Interior, de Salud Pública y de Cultura. Esta información